

RHETT BUTLER

DONALD McCAIG

Traducción de M.^a Antonia Menini



Barcelona • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • Madrid • México D.F. • Montevideo • Quito • Santiago de Chile

*Para Paul H. Anderson,
fiel fiduciario*

Ante todo, mantened la caridad unos para con otros,
porque la caridad cubre la muchedumbre de los pecados.

Pedro, I: 4-8

PRIMERA PARTE

ANTEBELLUM

Asuntos de honor

Una hora antes del amanecer, doce años antes de la guerra, un carruaje cerrado cruzaba velozmente la Tierra Baja de Carolina. El camino del río Ashley estaba negro como la pez salvo por las luces laterales del coche, y la niebla que penetraba en remolinos por las ventanillas abiertas humedecía las mejillas de los pasajeros y el dorso de sus manos.

—Rhett Butler, maldita sea la obstinación de tu alma. —John Haynes se arrellanó en su asiento.

—Si tú lo dices, John. —Butler levantó la abertura del techo del carruaje para preguntar—: ¿Ya estamos cerca? No me gustaría hacer esperar a esos caballeros.

—Nos estamos acercando al dique principal, amo Rhett.

Aunque era el adiestrador de los caballos de carreras del padre de Rhett y el criado de mayor rango de Broughton, Hercules había insistido en conducir el carruaje de los jóvenes. Rhett se lo había advertido:

—Cuando se entere de que nos has ayudado, mi padre se enfadará. Hercules se había puesto en tensión.

—Amo Rhett, le conozco desde que era un niño. Fui yo, Hercules, quien lo montó en su primer caballo. Usted y el señor Haynes aten sus caballos a la parte de atrás. Esta noche yo conduciré el coche.

Las mofletudas mejillas de John Haynes no encajaban con una barbilla de insólita resolución. Su boca formaba una línea triste.

—Me encantan estos marjales —dijo Rhett—. Qué demonios, nunca quise ser plantador de arroz, ¿sabes? Mi padre hablaba de las variedades de arroz y de cómo dirigir a los negros, pero yo no oía nada porque soñaba con el río. —Con ojos brillantes de emoción se inclinó hacia su amigo—. Me deslizaba a través de la niebla valiéndome de un remo. Una mañana sorprendí a una tortuga mordedora deslizándose por un

resbaladero de nutrias. Se deslizaba por simple placer. John, ¿alguna vez has visto sonreír una tortuga mordedora?

»No sé cuántas veces he intentado pasar junto a una aninga dormida sin despertarla. Pero su cabeza de serpiente asomaba enseguida por debajo del ala, los ojos totalmente alerta, no adormilados como uno pudiera pensar, y —chasqueó los dedos— se sumergía rápidamente. Las codornices de pantano no eran ni de lejos tan precavidas. No sé cuántas veces he doblado un recodo y cientos de ellas han echado a volar. ¿Te imaginas volar a través de una niebla tan espesa como ésta?

—Tienes demasiada imaginación —dijo su amigo.

—Muchas veces me he preguntado por qué eres tan cauteloso, John. ¿Para qué sublime objetivo te reservas?

John Haynes se frotó las gafas con un pañuelo húmedo y las dejó empañadas.

—Cualquier otro día me sentiría halagado por tu preocupación.

—Por Dios, John, perdóname. Es cosa de los nervios. ¿Tenemos la pólvora seca?

Haynes acarició el reluciente estuche de caoba que descansaba sobre sus rodillas.

—Yo mismo la he tapado.

—¿Oyes al chotacabras?

El rápido golpeteo de los cascos del caballo, el chirrido del cuero de las guarniciones, los gritos de Hercules: «¡Atrapadlos, tunantes, atrapadlos!» Y el canto de tres notas del chotacabras. Chotabras... ¿no había oído John algo acerca de Shad Watling y un chotacabras?

—He tenido una buena vida —dijo Rhett Butler.

Puesto que John Hynes pensaba que la vida de su amigo había sido un auténtico desastre, se mordió la lengua.

—Unos cuantos momentos agradables, unos cuantos buenos amigos, mi querida hermanita Rosemary...

—¿Has pensado en Rosemary, Rhett? Sin ti, ¿qué será de ella?

—¡No tienes que hacerme esta pregunta! —Rhett se volvió hacia la oscura ventanilla—. Por el amor de Dios. Si estuvieras en mi lugar, ¿qué harías?

Las palabras que encerraba la porfiada mente de John Haynes eran «yo no estaría en tu lugar», pero no pudo pronunciarlas, a pesar de ser las más verdaderas que jamás hubiera habido en este mundo.

Rhett llevaba el negro y espeso cabello peinado hacia atrás, vestía una levita con forro de seda *jacquard* roja y el sombrero que descansaba a su lado en el asiento era de piel de castor. El amigo de John era el hom-

bre más lleno de vida que éste jamás hubiera conocido, tanto como puedan serlo las criaturas salvajes. Si lo mataban de un disparo, Rhett Butler se quedaría tan vacío como el pellejo de un puma colgado en la valla del mercado de Charleston.

—Ya estoy deshonrado —dijo Rhett—. Cualquier cosa que ocurra no podría deshonrarme más. —De repente sonrió—. Eso dará a las viejas cotillas algo para chismorrear.

—Ya lo has conseguido un par de veces.

—Pues sí. Vaya si les he dado temas jugosos a las gentes respetables. ¿Quién les ha ofrecido más motivos que yo a los que señalan a los demás con el dedo en Charleston? Pero si es que ya me he convertido en el coco. —Engoló la voz—: «Niño, si no te portas bien, ¡acabarás como Rhett Butler!»

—A ver si dejas ya de decir tonterías —repuso John en un susurro.

—John, John, John...

—¿Puedo hablarte con toda sinceridad?

Rhett enarcó una oscura ceja.

—No puedo impedírtelo.

—No hace falta que sigas adelante con esto. Dile a Hercules que dé la vuelta... Disfrutaremos de un paseo matinal y regresaremos a la ciudad para zamparnos un buen desayuno. Shad Watling no es un caballero y tú no estás obligado a batirte con él. Watling no pudo encontrar a ningún caballero de Charleston que lo apadrinara. Tuvo que insistir para que un desventurado turista yanqui le prestara este servicio.

—El hermano de Belle Watling tiene derecho a una satisfacción.

—Por el amor de Dios, Rhett, Shad es el hijo del capataz de tu padre. ¡Es un empleado suyo! —John Haynes agitó la mano en gesto despectivo—. Ofrécele una compensación económica... —Hizo una pausa, consternado—. ¿No estarás haciendo... haciendo todo esto... por la chica?

—Belle Watling es mejor que muchos de los que la condenan. Perdóname, John, pero no debes oponerte a mis motivos. Hay que satisfacer el honor: Shad Watling contó mentiras acerca de mí y yo tengo que desafiarlo.

John tenía muchas cosas que decir, pero apenas podía hablar.

—Rhett, de no haber sido por lo de West Point...

—¿Te refieres a mi expulsión? Ésa fue simplemente mi última y más llamativa deshonra. —Rhett tocó el brazo de su amigo—. ¿Tengo que enumerarlas todas? Más deshonras y fracasos que... —Meneó tris-

temente la cabeza—. Estoy harto de las deshonras, John. ¿Tendría que haberle pedido a otro que fuera mi padrino?

—¡Maldita sea! —exclamó John Haynes—. ¡Maldita sea tu estampa!

John Haynes y Rhett Butler se habían conocido en la academia de Cathecarte Puryear de Charleston. Para cuando Rhett se fue a West Point, John ya trabajaba en la empresa naviera de su padre. Tras la expulsión y el regreso de Rhett, John veía ocasionalmente a su antiguo amigo por las calles de la ciudad. En algunas ocasiones Rhett estaba sobrio, aunque la mayoría de las veces no. A John le disgustaba ver a un hombre tan naturalmente apuesto como él vestido con desaliño y apestando a alcohol.

John Haynes era uno de aquellos jóvenes sureños de buena familia que asumen las apariencias de las virtudes cívicas como si éstas les fueran innatas. John era miembro de la junta parroquial de St. Michael y el director de baile más joven de la Sociedad de Santa Cecilia. Aunque envidiaba el ánimo de Rhett, John jamás acompañaba a éste y sus amigos —«los Juerguistas del coronel Ravel»— en sus rondas nocturnas por los burdeles, garitos de juego y tabernas de Charleston.

Como consecuencia de ello, John se había sorprendido al verlo aparecer en las oficinas de Haynes & Son del muelle, pidiendo su ayuda para un asunto de honor.

—Pero, Rhett, ¿y tus amigos? ¿Andrew Ravel? ¿Henry Kershaw? ¿Edgar Puryear?

—Ya, pero es que tú, John, estarás sobrio.

Pocos hombres y mujeres lograban resistirse a la seductora sonrisa de Rhett Butler, y, en efecto, John Haynes tampoco lo logró.

Puede que John fuera un poco aburrido. Jamás se enteraba de los divertidos escándalos que ocurrían hasta que la sociedad de Charleston empezaba a cansarse de ellos. Cuando repetía alguna humorada fruto del ingenio de otra persona, invariablemente se equivocaba. Aunque las madres de Charleston lo consideraran un «buen partido», las muchachas se burlaban de él detrás de sus abanicos. Sin embargo, John ya había sido padrino de duelo un par de veces. Cuando el deber llamaba a la puerta, John Haynes siempre estaba en casa.

El dique principal de la plantación Broughton era una ancha barrera de tierra que separaba sus arrozales del río Ashley. El carruaje se sacudió cuando abandonó el dique para girar tierra adentro.

John Haynes jamás se había sentido más desdichado. Aquel asunto —aquel desagradable y mortífero asunto— seguiría adelante independientemente de lo que él pudiera hacer. El honor tenía que ser reparado. No era Hercules el que conducía el carruaje, sino las huesudas manos del Honor. No eran las pistolas Happoldt del calibre 40 lo que descansaba en el estuche de caoba, sino el Honor, preparado para escupir reproches. Una melodía resonaba en la cabeza de John: «*No te habría podido amar, Cecilia, si no hubiera amado más el honor...*» ¡qué canción tan rematadamente estúpida! Shad Watling era el mejor tirador de la Tierra Baja.

Se adentraron en una vereda cubierta de matorrales y tan poco transitada que el musgo negro que colgaba de las ramas de los árboles acariciaba el techo del carruaje. A veces, Hercules tenía que levantar las ramas más bajas para que el vehículo pasara por debajo.

Con un sobresalto, John recordó la historia de Shad Watling y el chotacabras.

—¡Ah! —exclamó Rhett con nostalgia—. ¿No lo aspiras? El perfume del marjal; espadañas, arrayán, aster de mar, gases del marjal, barro. Cuando era pequeño, tomaba mi bote y desaparecía varios días, viviendo como un piel roja. —La sonrisa de Rhett se perdió en su ensueño—. Déjame que te pida un último favor. ¿Conoces a Tunis Bonneau?

—¿El marino liberto?

—Si lo ves, pregúntale si recuerda el día que navegamos por el río hasta Beaufort. Pídele que rece por mi alma.

—¿Un negro liberto?

—Cuando éramos pequeños jugábamos juntos en el río.

Una vaga luz grisácea se filtraba en el carruaje. Rhett miró por la ventanilla.

—Ya hemos llegado.

John consultó su saboneta.

—Faltan veinte minutos para el amanecer.

El campo del honor era un pastizal de algo más de una hectárea bordeado por sombríos cipreses y musgosos robles perennes. El pastizal se perdía en la niebla, de donde provenía una áspera voz que se desgañitaba: «¡So! ¡So, vaca! ¡So, vaca!»

Rhett bajó del carruaje frotándose las manos.

—Bueno. Éste es mi destino. Cuando era pequeño y soñaba con las glorias que me esperaban, jamás imaginé algo así.

El ganado mugía entre la niebla.

—No vayamos a pegarle un tiro a una vaca —dijo Rhett, estirando los brazos—. Mi padre se pondría furioso si hiriésemos una de sus reses.

—Rhett...

Éste apoyó una mano en el hombro de su amigo.

—Ahora te necesito, John, y confío en que dispongas las cosas como es debido. Por favor, ahórrame tu razonable y bienintencionado consejo.

John se tragó su consejo y pensó que ojalá no se hubiera acordado de Shad Watling y el chotacabras. Después de que Langston Butler construyera la gran mansión de Broughton, su capataz, Isaiah Watling, se había trasladado a vivir con su familia al antiguo hogar de los Butler, a dos pasos de los arrozales y las cabañas de los negros. Unos grandes robles perennes, que eran unos jóvenes arbolillos cuando los Butler llegaron por vez primera a la Tierra Baja, arrojaban su sombra sobre la pequeña y sencilla alquería. Aquel chotacabras que se alojaba en el roble perenne lo saludaba desde el amanecer hasta el ocaso.

Al parecer Belle, la hija de los Watling, pensaba que el pájaro estaba buscando pareja. Su madre, Sarah, decía que el pájaro estaba triste. La cuestión de si estaba buscando pareja o bien llorando de pena se resolvió un amanecer poco después de que ellos se hubieran instalado allí, con el sonido de un disparo que reverberó en toda la casa. Cuando su madre entró en la habitación, la humeante pistola de Shad Watling descansaba en el alféizar de la ventana. «Ese pájaro del demonio ya no volverá a despertarme nunca más», masculló Shad. Desde sesenta pasos y sin apenas luz, le había arrancado la cabeza al menudo chotacabras.

—¿Tú has oído hablar de aquel chotacabras? —le preguntó a su amigo.

—Es sólo una historia, John. —Rhett encendió una cerilla rascándola en la suela de la bota.

—Shad Watling ha matado antes, Rhett.

La cerilla chisporroteó mientras él encendía el cigarro.

—Pero sólo a negros y hombres de su clase.

—¿Crees que tu alto linaje desviará una bala?

—Pues claro —afirmó Rett solemnemente—. ¡Para algo tiene que servir el alto linaje!

—Viene alguien —anunció Hercules desde su elevado asiento.

Respirando afanosamente, un joven emergió de la niebla. Llevaba la levita colgada del brazo y las perneras de los pantalones mojadas.

—Condenadas vacas —masculló. Se cambió la levita de brazo y le tendió la mano a John Haynes, aunque lo pensó mejor y prefirió limitarse a hacer una torpe reverencia—. Tom Jaffery. De Amity, Massachusetts. A su servicio, caballeros.

—Bueno, Tom —sonrió Rhett—, parece que su visita a Charleston va a ser memorable.

El joven era dos o tres años más joven que Rhett y John.

—Esto jamás se lo van a creer en Amity.

—Historias espeluznantes, Tom. Las historias espeluznantes son el principal producto de exportación del Sur. Cuando les cuente esto a sus amigos, ponga el acento en el diabólicamente apuesto y gallardo Rhett Butler. —Y arrugó la frente con aire pensativo—. Si yo contara la historia, no mencionaría las vacas.

—¿Ha llegado su gente? —le preguntó John al joven yanqui.

Tom señaló con la mano el banco de niebla.

—Watling y también ese doctor Ward. No se tienen demasiado aprecio el uno al otro.

John tomó del brazo al muchacho y se alejó del alcance del oído de Rhett.

—Señor Jaffery, ¿ha sido usted padrino de esta clase de asuntos otras veces?

—No, señor. En Amity apenas si hay duelos. Quiero decir que en la época de mi abuelo puede que sí, pero hoy en día ya no. Soy un novato en estas lides, por así decirlo. Mi tía Patience pasó a mejor vida y me legó una suma de dinero, con la cual me dispuse a conocer el país. Tom, me dije, si no ahora, ¿cuándo lo vas a hacer, hombre de Dios? Y allí estaba yo, admirando el puerto de Charleston, que es, si me permite decirlo, en todo y por todo igual que nuestro famoso puerto de Boston. Sea como fuere, allí estaba yo cuando el señor Watling se me acercó y me preguntó si era un caballero, a lo cual yo contesté que así lo esperaba, ciertamente. Cuando el señor Watling me propuso que fuese su padrino, pensé: «Tom, has venido a conocer el país y vaya si lo conocerás.» Jamás tendría una oportunidad como ésta en Amity.

John no le mencionó que el hecho de que Shad Watling hubiera elegido a un yanqui desconocido como padrino era un insulto deliberado.

—¿Y está usted familiarizado con sus deberes?

—Nosotros los padrinos tenemos que encargarnos de que todo se desarrolle como Dios manda.

John miró al joven yanqui con semblante pensativo.

—Nuestro primer deber es buscar la reconciliación entre los contendientes —dijo con la tristeza propia del hombre que ha fracasado en el cumplimiento de este deber.

—Bueno, mi apadrinado dice que no considera la posibilidad de llegar a una reconciliación. Dice que se propone disparar al corazón del señor Butler. Él y el señor Butler son viejos conocidos.

—Pronto amanecerá. Por regla general, la salida del sol es nuestra señal —observó John.

—Si la salida del sol es buena para ustedes, lo es también para nosotros.

—Cuando el sol asoma por encima del horizonte, los caballeros eligen sus pistolas. Como parte desafiada, su hombre elige primero. Vamos a cargar ahora —dijo John, y apoyó el estuche de caoba en el guardabarros del coche, lo abrió y sacó una pistola. La suave y estriada culata le pareció tan viva en su mano como si acabara de agarrar una serpiente de agua—. Como ve, las pistolas son idénticas. Bajo su mirada, yo cargaré una pistola. Usted cargará la segunda.

John vertió la pólvora, puso una redonda bala de plomo en un trozo de hule y la introdujo. Colocó el fulminante bajo el percutor y amartilló parcialmente el arma.

—Esto jamás se lo van a creer allá en casa —dijo Thomas Jaffery.

La mañana era cada vez más luminosa y la niebla ya se disgregaba en franjas de luz cuando dos espectrales vehículos aparecieron como flotando al otro lado del prado: un calesín de un solo caballo y un carro de granja tirado por un mulo.

Rhett Butler desató su caballo de detrás del carruaje y apoyó el rostro contra el grueso cuello del animal.

—No estás asustado, ¿verdad, *Tecumseh*? No lo estés. Nadie te va a hacer daño. —Y se dirigió a su amigo—: En este prado, John... aquí cultivaban añil en tiempos de mi abuelo. Hay un estanque en el bosque donde los patos de cola larga incuban sus huevos. A las ratas almizcleras les encantan sus polluelos y a veces una nidada está nadando apaciblemente cuando, de pronto, un polluelo es arrastrado hacia abajo... todo es tan rápido que no tienen tiempo de alejarse agitando las alas. Aquí es donde Will, nuestro supervisor del dique, cazaba ratas almizcleras.

—Rhett, en cuestión de unos segundos estarás hablando con Watling. ¿Qué disculpa aceptarás?

Rhett cerró los ojos.

—Shad Watling sostiene que soy el padre del hijo de su hermana. Yo he dicho que Shad es un embustero. Si él reconoce su mentira, yo retiraré mi desafío.

—¿Le ofrecerás una compensación? ¿Dinero para que la chica pueda ir a algún sitio a alumbrar a su hijo?

—Si Belle necesita dinero, yo se lo daré. El dinero no tiene nada que ver con esto.

—Como amigo tuyo que soy, Rhett...

—John, John... —Hundió el rostro en el cuello de *Tecumseh*—. Un verdadero amigo me ayudaría a acabar con este asunto.

El carro de Shadrach Watling estaba lleno a rebosar de ruedas rotas, cubos de rueda y aros.

—Buenos días, señor Jaffery, señor Haynes. Veo que ha traído a Butler...

—Shad... —dijo John.

—Hoy tendrá que ser «señor Watling».

—Señor Watling, confío en que podamos llegar a un arreglo.

—Creo que Butler dejó arreglada a mi hermana. Y creo que yo lo arreglaré a él.

—Al tratarlo a usted como un caballero, Rhett Butler le hizo un cumplido.

—Estoy pensando en irme al Oeste —espetó Shad—. Maldita sea, estoy harto de la Tierra Baja. Bastardos ricos y negros. Negros y bastardos ricos. Tengo primos en Misuri.

—Dondequiera que vaya, necesitará dinero. Si su hermana Belle se fuera con usted, el escándalo terminaría.

Watling soltó una risita.

—¿Butler me ofrece dinero?

—No, señor —repuso John—. Se lo ofrezco yo.

—Todo se reduce a dinero, ¿verdad? —dijo Watling, soltando otro salivazo. Shadrach Watling era imberbe y corpulento—. Pues no, esta vez no. Esta vez debo ajustarle las cuentas a Butler. Mi padre le dio una buena paliza a Belle, pero ella no reconoce que fue Butler quien la ultrajó, nunca lo admitirá. Pero yo sé que fue él. Estoy deseando meterle una bala en el cuerpo. Nunca sirvió de nada como joven amo, y tengo entendido que tampoco como soldado. Butler no vale ni una bota llena de meada caliente.

Shad contempló el río.

—Enseguida se hará de día. Tengo cuatro ruedas estropeadas para el carretero y él empieza su jornada muy temprano. Como soy la parte ofendida, yo estableceré la distancia. Supongo que cincuenta pasos serán suficientes para que yo acierte y él falle. No quisiera que me pillara una bala perdida.

Sus pequeños y manchados dientes brillaron en una silenciosa sonrisa.

Envuelto en gruesas prendas de lana, el médico estaba roncando en su coche. Cuando John Haynes le dio una palmada en la punta de la bota, Franklin Ward abrió los ojos y bostezó.

—Ah. Bien, vamos allá...

Se desabrochó la bragueta, bajó y apartó el rostro. El pestazo de su orina hizo arrugar la nariz a John. El médico se secó los dedos en los faldones de la levita y luego le tendió la mano a Rhett.

—¡Ah, el paciente, supongo!

Rhett esbozó una sonrisa.

—¿Tiene usted instrumentos para extraer la bala, doctor? ¿Sondas? ¿Vendas?

—Estudié en Filadelfia, señor.

—No me cabe duda de que Filadelfia es una excelente ciudad para cursar estudios.

Shad Watling se acercó por detrás, sonriendo con aire ausente mientras se rascaba el muslo.

—Señor Butler —preguntó Tom Jaffery—, ¿por qué se quita la camisa?

—¿Me la sujetas, John? Me quito la camisa, amigo yanqui, para que la bala no me introduzca tejido en la herida.

—A lo mejor se desnuda para gastar una broma. —Shad Watling miró a su delgado contrincante con desprecio—. Lo que es yo, no suelo quitarme más ropa de la necesaria.

—Caballeros —lo interrumpió John—, ésta es una terrible y tremenda situación y debo insistir en si el honor no quedaría satisfecho por medio de una rectificación del señor Watling y una disculpa y una recompensa por parte del señor Butler.

El gélido aire del amanecer puso piel de gallina en los brazos de Rhett.

—Cincuenta pasos bastarán —dijo Shad—. Butler, ¿recuerda a

Will, su compañero negro? ¿Cómo Will suplicaba compasión? Si me suplica compasión, a lo mejor dejo que se vaya. —Volvió a dejar los dientes al descubierto—. Déjenme ver las pistolas. Yanqui, ¿ha estado atento mientras el señor Haynes las cargaba? No habrá cargado dos veces una pistola, ¿verdad? ¿Y si una de ellas ya tenía una carga en el cañón y le ha echado una segunda encima?

El yanqui se horrorizó.

—¡El señor Haynes es un caballero!

—¿Le hizo una muesca a su bala? Un pequeño cerco marcado en la bala para que haga más daño. Ha examinado su bala, ¿verdad, yanqui?

El joven Jaffery repitió:

—El señor Haynes es un caballero.

—Por supuesto que sí. Y los caballeros no marcan las balas, no señor. Ni cargan dos veces la pistola. Bueno, ¿cuál de estas dos ha cargado el señor Haynes?

—He cargado la más cercana —dijo John.

De pronto sonó una trompa en el bosque, una larga y exuberante nota, como cuando los cazadores del zorro avistan a su presa. Segundos más tarde, con las ruedas chorreando humedad, un landó descubierto apareció traqueteando en el campo del honor. Dos alegres jóvenes iban de pie entre los asientos, uno de ellos soplando una trompa que soltó para agarrarse al respaldo del asiento a fin de que la brusca parada no lo lanzara por los suelos.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Nos hemos perdido el espectáculo?

El anciano cochero soltó una carcajada.

—Ya os dije que llegaríamos a tiempo. —Y añadió: ¿Veis cómo el coronel Jack ha encontrado a estos bribones?

El coronel Jack Ravanel había sido un respetable plantador de arroz hasta que mataron a su mujer Frances. No se sabía si la subsiguiente vida disoluta de Jack se debió al dolor o bien a la ausencia de frenos matrimoniales. En Charleston, donde la borrachería caballerosa sólo estaba vedada a los clérigos, el coronel Ravanel era un borracho a secas. En una ciudad en la que todos los caballeros se entregaban a los juegos de azar, Jack había sido expulsado de todos los clubs de juego respetables. No obstante, era un genio con los caballos y por ello la Charleston amante de los caballos le había perdonado muchas cosas.

John Haynes se acercó al landó.

—Caballeros, éste es un asunto de honor. El decoro...

Los jóvenes vestían chaquetillas de brocado, chalinas de vivos co-

lores y pantalones tan ajustados que los suspensorios resultaban innecesarios. A pesar de ser lo bastante mayor como para ser el padre de los chicos, Jack Ravel iba vestido de la misma manera.

—Una moza campesina se queda preñada, ¿y eso es un asunto de honor? —El de la trompa soltó un trompetazo—. Vamos, Johnny Haynes. Ésta es una de las malditas bromas de Rhett Butler, eso es lo que es.

John montó en cólera.

—Henry Kershaw, eso es una afrenta. No eres bienvenido aquí.

El corpulento Henry se tambaleó.

—¿Quieres decir que el primo Rhett lo va a hacer en serio? Maldita sea, Edgar, mañana sentaré la cabeza. Rhett, ¿eres tú? Pero ¿estás loco? Llevamos horas recorriendo estos malditos marjales. El coronel Jack dice que antes estas tierras eran suyas, pero entonces debía de estar sobrio. ¡Edgar Puryear, no te quedes para ti solo todo el whisky!

Tom Jaffery terció:

—Señor Haynes, ¿esto es normal?

—¿Usted es el yanqui de quien nos han hablado? —preguntó Henry.

—Sí, señor. De Amity, Massachusetts.

—Uno no tiene la culpa del lugar donde nace. Oiga, no será uno de esos condenados abolicionistas, ¿verdad?

Rhett atajó a John dándole una palmada y preguntó en voz baja:

—Edgar, Henry, Jack... ¿habéis venido aquí para verme morir?

Edgar Puryear adoptó una expresión de disculpa.

—Jack nos aseguró que todo era una broma, Rhett; ¡una broma! Dijo que tú jamás te batirías con un hombre por... por...

—¿Una broma, Jack? Si mi padre descubre su participación en esto, lo lleva al asilo.

—¡Querido Rhett, no seas tan cruel con el viejo Jack!

—Henry Kershaw está borracho, y en ese estado es capaz de cualquier cosa. Edgar Allan ha venido para mirar; es un mirón de primera. Pero ¿qué ha sacado a rastras al viejo réprobo del cálido lecho de su puta en una mañana tan fría como ésta?

Jack Ravel esbozó una sonrisa de disculpa.

—Pero hombre, Rhett, si el viejo Jack ha venido para ayudarte. ¡He venido para hacerte entrar en razón! Nos beberemos un buen trago y recordaremos los buenos tiempos. Rhett, ¿te he dicho alguna vez lo mucho que admiro a *Tecumseh*? ¡Por Dios, ése sí es un caballo!

Por un instante, Rhett se quedó pasmado. Después su boca se torció en una risita que acabó en una carcajada tan sonora que no

tuvo más remedio que doblarse por la cintura. Su risa se contagió a los alegres muchachos que lo miraban sonrientes, e incluso el joven yanqui rió.

Rhett se enjugó los ojos.

—No, Jack, usted no se va a quedar con *Tecumseh*. John, si muero, mi caballo es tuyo. Bueno, Watling, elige arma.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó Henry boquiabierto de asombro—. ¡Rhett va en serio!

El coronel Jack entornó los ojos y, descargando la fusta, apartó su tiro de caballos.

John cerró brevemente los ojos en una muda plegaria y dijo a continuación:

—Caballeros.

Shad Watling se había perdido algo, para gran regocijo de Rhett. Algo se le había escapado. Su presa había pisado la trampa pero la había dejado vacía. Shad tomó una pistola y la examinó como buscándole algún defecto.

—Joven amo Butler —masculló—. ¡Por Dios, cómo lo adulaban los negros!

La otra pistola de cañón largo colgaba de la mano de Rhett; su sonrisa era tan ancha que bajaba por su brazo desnudo hasta la boca del arma como si ésta estuviera sonriendo.

En la mañana fluvial, un fornido hombre airado se situó espalda contra espalda con un sonriente hombre semidesnudo.

Cada uno de ellos avanzaría veinticinco pasos. Cuando el sol asomara totalmente por encima del horizonte, John Haynes daría la orden de que se volvieran y dispararan.

Los contendientes se apartaron veintitrés, veinticuatro, veinticinco pasos... El sol se levantó del todo.

—Esto jamás se lo van a creer en Amity —murmuró Tom Jaffery.

El sol iluminó un blanco espacio hasta la orilla del río. Con voz clara, John Haynes gritó:

—¡Caballeros! ¡Dense la vuelta! ¡Fuego!

Una ráfaga de aire alborotó el cabello de Rhett Butler, que giró en redondo, ofreciendo un perfil de esgrimista mientras levantaba la pistola.

Shad Watling disparó primero, un estallido de blanco humo en la boca de su arma cuando el percutor golpeó el fulminante.